

El conjunto de artículos principales —más el correspondiente debate— de este Anuario tiene como tema común el de la juventud. La juventud como sistema de valores y actitudes diferenciados y la juventud como una forma de estar y conformar, también de forma distinta, los movimientos sociales

Lo curioso del caso es que los artículos, todos ellos muy bien documentados, no demuestran que sean tan relevantes las diferencias con el mundo de los adultos. Que la presencia de los jóvenes en la acción colectiva social y política no es tan distinta. Que el desconcierto y la incertidumbre son más acuciantes, más destructivos en la juventud, pero que tampoco son patrimonio exclusivo de ella. Y que el quehacer, el cómo están los jóvenes en los movimientos sociales, no presenta hoy rasgos enfrentados a cómo estamos en ellos los adultos.

Lo que sigue son algunos extractos, más o menos reajustados, de los citados artículos donde creemos se observa ese principio de no excesivas diferencias. Entendámonos. Es evidente que los jóvenes tienen contextos educativos, sociales y laborales significativamente diferentes a los de los adultos. Y es evidente que el conflicto intergeneracional no ha desaparecido (aunque quizás sea menos abierto, menos expreso) pero también es bastante evidente que las respuestas a tales contextos y conflictos son parecidas a la generación de sus mayores.

Para empezar destaquemos algunos datos que hacen referencia a la participación de los jóvenes en la vida asociativa y la acción colectiva; lo que podríamos llamar su nivel de compromiso social. Si vemos la tabla I del primer artículo no hay grandes diferencias entre los porcentajes de participación de los adultos y los de los jóvenes en los diversos tipos de asociaciones y organizaciones sociales (excepto obviamente en organizaciones juveniles y deportivas donde la presencia de jóvenes es mayor por razones «naturales»). Sin embargo, algunas diferencias sí llaman la atención y no favorecen la imagen de desprendimiento que solemos asignar a la juventud. Solo el 4% de jóvenes, frente al 7% de adultos, participa en organizaciones sociales o de derechos humanos.

En todo caso los resultados de este trabajo cuantitativo corroboran que aunque los jóvenes participan poco en asociaciones más allá de las deportivas, culturales o de ocio, tienden a elegir en mayor medida la protesta y otras formas de participación no electorales como canales prioritarios de participación en el mundo político, especialmente cuando los temas de convocatoria les afectan directamente (como es el caso de las cuestiones educativas), pero también en temas de ámbito más universal como los pacifistas (como fueron las movilizaciones contra la Guerra de Iraq. En cuanto a las pautas de cultura política, la juventud es muy crítica

con las instituciones y los partidos, es ligeramente más de izquierdas y claramente más posmaterialista que poblaciones más mayores, y apoya aumentar los mecanismos de participación ciudadana frente al modelo de democracia representativa. Ahora bien, las pautas generales nos señalan la existencia de una fuerte desafección política (al menos hacia los partidos y la política más institucional) en el Estado español, independientemente de la edad. Eso sí, la juventud es aún algo más crítica que los mayores.

Desde una perspectiva más valorativa algunos artículos hacen afirmaciones un tanto contundentes. El abandono de la emancipación como ideal socializador y el encumbramiento del individuo como referencia es uno de los principales rasgos de la actual vinculación de las personas, especialmente las jóvenes, con la *cosa pública*.

Debemos buscar las causas de esta desvinculación. Tanto las condiciones sociales y culturales como las caracterizaciones que estas adoptan en un Estado de bienestar de baja intensidad nos dibujan un paisaje en el que se repiten palabras como cambio constante, incertidumbre, riesgo, flexibilidad. Sin embargo, cuando escuchamos las declaraciones políticas o los discursos que se mantienen en torno a la educación, el trabajo, la familia, parece que nada ha cambiado. Se sigue actuando como si el «problema» de la juventud se terminase con la emancipación (empleo-familia-vivienda), cuando para la gran mayoría el futuro como meta orientadora se ha tornado incierto por la velocidad de las reestructuraciones sociales y este hecho nos situaría ante una típica situación anómica provocada por la disociación entre las aspiraciones culturales y los caminos socialmente estructurados para llegar a dichas aspiraciones.

La configuración que el Estado del bienestar adopta en el caso español no predispone a la ciudadanía, y más en concreto a las personas jóvenes, a estar interesadas en la participación política. Esta suerte de cinismo político por la que poca gente termina de creerse tanto los discursos legitimadores del Estado, como el papel de los actores sociales en su mantenimiento o transformación, vendría a convivir con unas relaciones intergeneracionales donde los jóvenes serían extremadamente dependientes respecto a sus familias de origen quedando, de esa manera, limitadas las capacidades transformadoras que la juventud podría desarrollar.

Los y las jóvenes de hoy se enfrentan a un contexto social caracterizado por diversas incertidumbres, donde sus expectativas no parecen tener una trayectoria ascendente en una empresa a lo largo de nuestra vida laboral. Con mucha probabilidad se verán entrando y saliendo del mercado laboral de forma continua con la necesidad de estar reciclándose de forma constante.

No cabe duda de que los llamados nuevos movimientos sociales han dado paso a iniciativas más puntuales, que han conseguido movilizar a una gran cantidad de jóvenes que en un momento dado se han echado a la calle para transmitir su desacuerdo o para participar en alguna acción voluntaria. Iniciativas macro que se han concretado entre otras en la protesta por la Guerra de Iraq o en las tareas de limpieza que se desarrollaron en el caso del *Prestige*. Acciones puntuales si cabe, pero con un alto grado de participación e implicación juvenil.

Estas acciones sin embargo, parecen perder valor por no tratarse de actividades que se desarrollan de forma continuada y en el contexto de una asociación o grupo organizado. Un gran número de personas que se coordinan sobre la marcha, procesos en los que las nuevas tecnologías juegan un papel fundamental y que se difuminan en cuanto se da respuesta a esa necesidad puntual. Acciones que no generan discursos ni propuestas a medio-largo plazo, respuestas que no permiten incidir de forma significativa en política.

Los y las jóvenes optan por dar respuesta a situaciones que en un momento dado generan una gran preocupación compartida y para la cual se movilizan. Acciones que poco tienen que ver con las realizadas por las organizaciones formales que se crearon a partir de los años treinta. Organizaciones que requieren de una mayor organización e implicación. Características de una forma de participar menos acorde con la forma de vida que experimentamos los y las jóvenes en la actualidad.

Pero como dice otro de los artículos centrales del Anuario, tampoco debemos tener una visión pesimista de la participación social juvenil, interpretandola con esquemas «puristas», algo antiguos y probablemente sobre-ideologizados.

Parece importante recordar en esta línea que, y a pesar de reconocer su enorme valor como instrumento para poder estudiar la realidad, una clasificación demasiado estricta de las formas de acción colectiva en movimientos sociales y grupos de interés públicos, así como la distinción de militantes y voluntarios ideales, responde fundamentalmente a una necesidad de establecer categorías para el análisis, pero que por lo tanto, son categorías que no se dan como tales en la vida real.

De hecho, en la práctica hay una coexistencia de ambas formas de acción colectiva, convivencia que, por otra parte, siempre se ha dado. Lo que habría variado en los últimos años,

es el peso de cada una de estas formas en el conjunto total, pasando de una mayor preponderancia de los movimientos sociales en los años setenta y ochenta, a una mayor presencia de las «organizaciones de voluntariado» a partir de los noventa.

Pero además, la realidad es mucho más compleja que todo eso, y sobre todo es mucho más diversa, y por mucho que tratemos de encerrar en estas definiciones lo que sucede a nuestro alrededor, la casuística de organizaciones, y sobre todo de activistas, es tan enormemente rica, afortunadamente, que esta se reparte de manera más o menos homogénea a lo largo de un continuo que va de una a otra forma «pura» de clasificación.

Por otra parte, resulta fundamental, por las implicaciones que ello va a tener, destacar el carácter eminentemente de barrio o local de muchas de las entidades asociativas definidas a priori como de ideología «pragmática», o al menos «no crítica» (asociaciones culturales, de tiempo libre, deportivas, etc.), entidades en las que comienzan a tomar parte la inmensa mayoría de las personas jóvenes, y no tan jóvenes, que se suman a alguna forma de acción colectiva.

Un aspecto que se tiende a desdeñar en ocasiones desde visiones más «críticas» más «puristas», y que creo que es importante rescatar, es la potencialidad que tienen estas entidades de ideología «pragmática» para configurarse en «escuelas de ciudadanía/militancia» en la medida en que constituyen en muchos casos para buena parte de sus miembros, los primeros espacios de práctica asociativa, y aunque originariamente no tengan ese objetivo, pasan a ser para muchas y muchos participantes, de hecho, la vía de entrada a la toma de conciencia, y la vivencia, respecto a algunos problemas, ciertas situaciones de desigualdad, y momentos de conflictivo y/o enfrentamiento con las instituciones.

Como decíamos al principio, en general las similitudes priman sobre las diferencias. Pero también resulta incuestionable que determinados movimientos sociales liderados por jóvenes son específicos, son propios, son distintos. Uno de ellos es, por supuesto, el movimiento estudiantil. Su artículo correspondiente nos recuerda que las últimas movilizaciones contra la precariedad y la mercantilización en muchos casos han ido mucho más allá de las estrictas demandas corporativas. Han planteado un horizonte alternativo, una forma distinta de valorar la educación y el trabajo ligado a ella; han actuado, en este sentido, como «viejos» movimientos antisistémicos. También resulta especialmente interesante el artículo relacionado con las respuestas juveniles a la precariedad laboral, en cuanto que algunas de tales respuestas podrían configurar un sindicalismo menos pactista, más radical, y por tanto bastante diferente el ejercido por los mayores.

Los artículos del Anuario dedicados a experiencias y sobre todo los correspondientes a resúmenes del año de los distintos movimientos ofrecen un panorama del que resulta difícil extraer una pauta —una tendencia— dominante. Así llama la atención la debilidad de la respuesta sindical frente a la brutal crisis laboral. Sin embargo, otros movimientos parecen mantener su capacidad de respuesta, destacando por ejemplo en esta línea, en el movimiento vecinal, la «batalla» de los vecinos del Cabanyal frente a los delirios urbanísticos del Ayuntamiento de Valencia.

Desde otra perspectiva, resulta muy relevante comprobar cómo al margen de acciones específicas, los movimientos —y «culturas» alternativas— sociales conf luyen entre sí, se tiñen unos de otros, haciendo posibles de este modo articulaciones estratégicas. En el encuentro feminista de Granada se visualizó con fuerza la trayectoria conjunta del movimiento feminista y ecologista, afirmándose que la sostenibilidad solo se puede alcanzar en una sociedad que incorpora y da valor a los saberes y trabajos de las mujeres. Por otro lado hay que destacar cómo esa permeabilidad también se da entre lo global y lo local. Lo más relevante de la articulación de los movimientos sociales globales es cómo el carácter transnacional viene permeando ya no solo las acciones colectivas de los movimientos en el plano global, sino también sus luchas locales cotidianas, a través de interacciones continuadas con otras redes y de construcciones simbólicas y materiales que van más allá del Estado nación.

Cerramos el Anuario, como es tradición, con un tema nuevo (al menos aparentemente). Se estudia cómo los movimientos sociales entran en la política municipal. Más exactamente, cómo desde los movimientos se ponen en marcha candidaturas municipales, y cómo esas candidaturas desde el Ayuntamiento tratan de transformar sobre todo el *cómo* del quehacer político institucional, en base a impulsar procesos de participación ciudadana. Experiencias muy interesantes y muy útiles.

Por último, queremos anunciar que después de un recorrido de once anuarios publicados con la editorial Icaria en papel, nos planteamos para el año 2011 publicar nuestro trabajo en la red. Así nos hemos puesto manos a la obra con una página web de Betiko Fundazioa en la que, entre otras cosas, se podrán encontrar los contenidos de todos los anuarios publicados hasta el momento y los nuevos a partir del año que viene. Este proyecto responde, como podéis imaginar, al empuje de los tiempos. Con él esperamos a la vez reducir nuestra contribución al consumo de papel y ampliar el espectro de nuestros lectores facilitando el acceso a los contenidos del anuario. Esperamos seguir contando con vuestra colaboración —como lectores, como autores— en esta nueva etapa.